

LA VIOLENCIA: RASGO DE LA ESPECIE?

Autores: José María GALLI

e-Mail: jm_galli@arnet.com.ar

Palabras clave (Keywords): violencia - innata - necesidad - frustración

Resumen

Desde hace algunos años (aproximadamente dos décadas) la violencia se ha instalado como un problema acuciante en la sociedad argentina. La vida cotidiana se ve atravesada por múltiples episodios donde sus habitantes, de todas las edades y de cualquier condición social, se ven inmersos como testigos o protagonistas de hechos violentos.

Si provisoriamente hacemos abstracción de los procesos relativamente prolongados de violencia, tanto de aquella abiertamente política (como la que se vivió en la década del 70') como de la que surge con frecuencia en conflictos gremiales o sociales, resulta casi obvio señalar que se ha abierto una nueva situación. Las expresiones de violencia habrían pasado a un nivel cualitativamente diferente, multiplicándose los episodios en escenarios hasta entonces inéditos e implicando, por ello, a la inmensa mayoría de los habitantes.

Es evidente e innegable la ampliación numérica y geográfica de la denominada cuestión de la "inseguridad". Ella se ha instalado como un punto central de la agenda de políticos, funcionarios, medios de comunicación y, en momentos determinados, han emergido fenómenos de masas donde centenares de miles de personas se han manifestado preocupados por ese "flagelo". Pero si se amplía más la mirada, se podrá observar que la multiplicación de los casos de suicidios -especialmente entre jóvenes-, las diversas agresiones entre miembros de la comunidad educativa y hasta los múltiples altercados de tránsito, son ejemplos de cómo la violencia ha llegado a envolver la cotidianidad de los argentinos.

Una vez determinada la especificidad del emergente y señalado algunos de los ámbitos relativamente novedosos en los que se manifiesta, pretendemos establecer como una premisa epistemológica clave el no reducir el análisis de la violencia a los escenarios en los que aparece. Aspiramos a mantener una mirada simultáneamente global y multifacética que articule sus diferentes formas de aparición con las causas más profundas que las provocan. En este sentido nos prevenimos y a la vez alertamos sobre la utilización de vocablos que adjetivan la violencia como "familiar", "escolar", "callejera", "sexual". Ello, si bien contribuye a circunscribir el espacio y las circunstancias, también pueden inducir a unilateralizar el fenómeno y fragmentar las conceptualizaciones.

Desde el punto de vista de la psicología social, lo primero que habría que encarar es la interrogación acerca de si la violencia es parte inherente de la condición humana o, si por el contrario, es multideterminada por un orden histórico-social que genera frustraciones de distintos órdenes.

Trabajo Completo

Desde hace algunos años (aproximadamente dos décadas) la violencia se ha instalado como un problema acuciante en la sociedad argentina. La vida cotidiana se ve atravesada por múltiples episodios donde sus habitantes, de todas las edades y

de cualquier condición social, se ven inmersos como testigos o protagonistas de hechos violentos.

Si provisoriamente hacemos abstracción de los procesos relativamente prolongados de violencia, tanto de aquella abiertamente política (como la que se vivió en la década del 70') como de la que surge con frecuencia en conflictos gremiales o sociales, resulta casi obvio señalar que se ha abierto una nueva situación. Las expresiones de violencia habrían pasado a un nivel cualitativamente diferente, multiplicándose los episodios en escenarios hasta entonces inéditos e implicando, por ello, a la inmensa mayoría de los habitantes.

Es evidente e innegable la ampliación numérica y geográfica de la denominada cuestión de la "inseguridad". Ella se ha instalado como un punto central de la agenda de políticos, funcionarios, medios de comunicación y, en momentos determinados, han emergido fenómenos de masas donde centenares de miles de personas se han manifestado preocupados por ese "flagelo". Pero si se amplía más la mirada, se podrá observar que la multiplicación de los casos de suicidios - especialmente entre jóvenes-, las diversas agresiones entre miembros de la comunidad educativa y hasta los múltiples altercados de tránsito, son ejemplos de cómo la violencia ha llegado a envolver la cotidianidad de los argentinos.

Una vez determinada la especificidad del emergente y señalado algunos de los ámbitos relativamente novedosos en los que se manifiesta, pretendemos establecer como una premisa epistemológica clave el no reducir el análisis de la violencia a los escenarios en los que aparece. Aspiramos a mantener una mirada simultáneamente global y multifacética que articule sus diferentes formas de aparición con las causas más profundas que las provocan. En este sentido nos prevenimos y a la vez alertamos sobre la utilización de vocablos que adjetivan la violencia como "familiar", "escolar", "callejera", "sexual". Ello, si bien contribuye a circunscribir el espacio y las circunstancias, también pueden inducir a unilateralizar el fenómeno y fragmentar las conceptualizaciones.

Desde el punto de vista de la psicología social, lo primero que habría que encarar es la interrogación acerca de si la violencia es parte inherente de la condición humana. Tal como lo sostienen diversas formas de la ideología dominante, sean estas vulgares o "científicas", los ejemplos más diversos de violencia física,

desde guerras, conflictos étnicos y enfrentamientos de clases, hasta delitos comunes y agresiones personales, constituirían una demostración irrefutable de que la agresividad es un atributo esencial, innato e inmodificable de la especie, al igual que el andar erguido, el lenguaje articulado o el pensamiento abstracto.

Muy diversos autores de las más variadas esferas del pensamiento sistemático, desde Hobbes a Freud, desde Dart a Lorenz, para citar sólo unos pocos ejemplos de los más conocidos y que mejor conceptualizan las opiniones propias del “sentido común”, fundamentan que efectivamente existe una agresividad específicamente humana, distintiva del *homo sapiens*, que lleva a que sea el único que mata a sus congéneres aunque no corra riesgo su sobrevivencia. Y, por lo general, agregan que dicha condición propia de la “naturaleza humana”, sólo puede ser reprimida o desviada, a través de la cultura o del avance de la racionalidad, pero jamás eliminada y que este objetivo sólo consistiría en una utopía inalcanzable.

Thomas Hobbes (1996), al argumentar a favor de la instalación del estado burgués, fundamenta que la situación de los hombres en su condición natural genera una “guerra de todos contra todos” porque consideran que todos tienen derecho a todas las cosas pero que eso lleva precisamente a *Homo homini lupus* o sea a que los hombres se conviertan en lobos los unos para los otros. Precisamente la conformación del estado moderno (al que equipara con un ser mitológico temible: *Leviatán*) resolvería el caos de la guerra perpetua. Al ceder los individuos sus derechos a cambio de una paz asegurada por esa instancia de fuerza superior, se garantiza a todos el ejercicio de su libertad, en una situación donde nadie reclama más de lo que le corresponde, so pena del castigo de ese supremo “mediador” o “administrador”.

En una carta de Freud a Einstein de 1932, encontramos una de las formulaciones más claras y, por añadidura, teóricamente justificada, en la cual el fenómeno de la violencia se representa como biológicamente fundado y prácticamente inevitable. En esa oportunidad Freud (1981a; p. 3207-15) explicita “que los instintos del hombre no pertenecen más que a dos categorías: o bien son aquellos que tienden a conservar y unir -los denominados ‘eróticos’, completamente en el sentido del Eros del *Symposion* platónico, o ‘sexuales’, ampliando deliberadamente el concepto popular de sexualidad-, o bien son los instintos que

tienden a destruir y a matar: los comprendemos en los términos 'instintos de agresión' o 'de destrucción'".

Basado en esta concepción de los basamentos de la vida psíquica, el fundador del psicoanálisis llega a "la conclusión de que serán inútiles los propósitos para eliminar las tendencias agresivas del hombre". También atribuye "el origen de nuestra conciencia moral a [la] orientación interior de la agresión" y, al tiempo que advierte que la excesiva magnitud [de la interiorización] sería nociva para la salud, llega al extremo de afirmar "que la orientación de dichas energías instintivas hacia la destrucción alivia al ser viviente, debe producirle un beneficio".

Entre los caminos que intuye podrían evitar indirectamente la guerra, señala: el someter la "vida instintiva a la dictadura de la razón" (ejercida por "una capa superior de hombres ...a los cuales corresponde la dirección de las masas dependientes") y "un progresivo desplazamiento de los fines y en una creciente limitación de las tendencias instintivas" a través de "las modificaciones psíquicas que acompañan la evolución cultural". Pero, al mismo tiempo, no deja de oscilar entre si tales aspiraciones serían o no una "esperanza utópica"

El prestigioso arqueólogo Raymond Dart (citado en Leakey, 1985, p.223) interpretó las múltiples fracturas que presentaban una gran cantidad de huesos fosilizados encontrados en la cueva sudafricana de Makapansgat como evidencia incontrovertible de una esencia agresiva de los seres humanos. "La repugnante crueldad de la humanidad para con el hombre constituye uno de sus rasgos ineludibles, característicos y diferenciales; sólo es explicable en términos de sus orígenes caníbales". "Los archivos de la historia humana, bañados en sangre y plagados de carnicerías,...conducen...en proclamar este rasgo diferencial de ansia de sangre, este hábito depredador, este signo de Caín, que separa dietéticamente al hombre de sus parientes antropoides y más bien lo alía con los carnívoros más mortíferos".

Dart ha tenido hasta hoy muchos seguidores, algunos muy destacados como el escritor Robert Ardrey o el premio Nobel Konrad Lorenz y las opiniones que coinciden en señalar la agresividad como rasgo inmanente de la humanidad, se han visto reflejadas en múltiples obras. Además, como lo señala Richard Lowentín (2003, p.13 y ss) posiciones similares, han reverdecido en los medios intelectuales más prestigiosos del mundo durante las últimas dos décadas del siglo anterior,

particularmente estimuladas por ciertas interpretaciones de los actuales desarrollos de la genética y de la neurobiología, interpretaciones que, de acuerdo al autor, se ven potenciadas por la “revolución conservadora” que se inició en los EEUU a partir de Reagan y en Gran Bretaña con la Thatcher y prácticamente dura hasta hoy, abarcando los principales países del hemisferio Norte. Podríamos agregar que no serían ajenos al resurgimiento de teorías de este tipo, el abierto sinceramiento de la restauración de relaciones capitalistas en la Unión Soviética y en China

Según lo señala Richard Leakey (1985) gran parte de la información en la que se basaron las interpretaciones de un pasado humano sanguinario -como las de Raymond Dart- no han podido superar las pruebas de investigaciones posteriores. En la revisión de datos se demostró que las fracturas de huesos podrían haber sido producidas por la presión de decenas de metros de sedimentos que los cubrían y por la acción de piedras que los comprimían directamente. El propio Dart, que había autorizado y estimulado la nueva investigación, reconoció posteriormente las nuevas conclusiones. Pero como lo señala el mismo Leakey, en la noción de que la violencia es inmanente a la condición humana se mezclan distintas cuestiones que serían necesarias discriminar.

El descubrimiento central de Charles Darwin respecto a que la especie humana no era producto de un acto de creación, sino el resultado de un largo proceso evolutivo rompió con el mito de un ser separado radicalmente del resto del mundo animal. Pero este aporte genial, abrió espacio a distintas interpretaciones sobre las continuidades y diferencias entre el hombre y los animales. Algunos han tratado de apoyarse en la teoría de la evolución de las especies argumentando que dado que el hombre “desciende” de especies inferiores no se ha desprendido de los instintos de violencia que muestran los animales más agresivos.

Sin embargo, los estudios en profundidad de la conducta animal han demostrado que las disputas por alimento, espacio o acoplamiento entre animales generalmente están enmarcadas en determinados rituales de enfrentamiento (por supuesto instintivos) y que las más de las veces no derivan en graves daños contra el ocasional rival, salvo circunstancias especiales como la superpoblación u otra situación que genere falta de algún recurso vital.

Pero hay cuestiones fundamentales que generalmente se ocultan cuando se hace referencia al pasado animal de la especie y que, precisamente, hacen a

algunos de sus rasgos más distintivos. Por un lado, la inmadurez al momento del nacer (que implica el más largo período de crianza de cualquier organismo vivo y consecuentemente la necesidad de atención y cuidado por parte de los adultos). Por otro la extrema indefensión física -aún en plena madurez- de un ejemplar que esta en inferioridad de condiciones respecto a otros animales, tanto en fuerza, velocidad, visión, capacidad de camuflarse y demás recursos del organismo que faciliten el acceso a la comida y la protección frente a las amenazas de cualquier adversario.

Esta situación de inferioridad congénita y estructural frente al conjunto del reino animal no sólo ha sido compensada con el andar erguido, la visión binocular, la precisión del movimiento de las manos y la mayor capacidad cerebral. Hay algo fundamental que se olvidan los teóricos de la agresividad innata y que es precisamente una de las condiciones que ha sido decisiva para la supervivencia y el desarrollo de la especie: la cooperación.

Diversos autores consideran que, sobre la base de capacidades orgánicas más obviamente diferenciales como las ya descritas, ha sido la vida solidaria en grupo, más circunstancias ambientales particulares, las que confluyeron en el surgimiento de la actividad humana por autonomasia que es el trabajo.

Es evidente que la capacidad concebir y fabricar sistemáticamente instrumentos -punto de partida de una modalidad de existencia particularísima y exclusiva que se adapta al medio ambiente transformándolo- exige un ámbito de colaboración y auxilio mutuo. Es en dicho ámbito donde se puede procurarse los recursos básicos para la sobrevivencia (por ej, la caza colectiva) y luego distribuirlos con aquellos que no habían participado directamente en la acción de conseguirlos. También es muy probable que haya sido en ese marco en el que se desarrollaron las modalidades de interacción que llevaron a la adquisición del lenguaje y del pensamiento que, progresivamente desprendidos de la acción inmediata, llegaron a alcanzar los niveles propios de la abstracción, actividades que -al igual que el trabajo- son específica y particularmente humanas.

Por otra parte, ateniéndose estrictamente a los datos que brinda la prehistoria de la humanidad, no es cierto que nuestra especie se haya mantenido en perpetua guerra desde sus mismos orígenes. Según Bernard Campbell: “No encontramos indicios de matanzas y guerras hasta que surgen las ciudades con templos (hacia el 5.000 A.C.). Este es un acontecimiento demasiado reciente como para que haya

tenido alguna influencia en la evolución de la naturaleza humana...El hombre no está programado para matar y hacer la guerra, ni siquiera para cazar; su habilidad para hacerlo la adquiere aprendiendo de sus mayores y sus iguales cuando la sociedad lo exige” (citado en Leakey, 1985, p.247)

Leakey, que señala la cooperación como uno de los fenómenos que permitieron la sobrevivencia en los orígenes de un ser tan indefenso como el *homo sapiens*, también afirma que las pruebas de enfrentamientos regulares entre miembros de la especie surgieron a partir de la consolidación de la agricultura que había empezado a desarrollarse hace unos 10.000 años. En realidad, son derivaciones de la agricultura como el comercio y la propiedad de tierras y esclavos (todo lo que llevo unos 5.000 años) las bases de las continuas disputas. Comparando: si el *homo sapiens sapiens* (el hombre actual) lleva unos 100.000 años sobre la Tierra, sus rasgos agresivos demoraron unos 95.000 años en aparecer.

La conclusión, es que el ser humano no es un mono asesino ni tampoco una criatura genéticamente pacífica. La real dotación natural, en el sentido de biológica, es la absoluta capacidad de flexibilidad de su conducta.

Hay hechos incontrovertibles que demuestran que, a diferencia de los animales que mantienen una interacción con el mundo basada en sus instintos, el ser humano es un animal que cuenta con una serie de capacidades heredadas, pero que ellas sólo son *potencialidades*. Vale decir, que nunca llegan a desarrollarlas plenamente si no se cría en un ambiente humano; de manera que nunca llega a caminar, hablar o manejar pensamiento abstracto si no mantiene contacto con otros humanos.

Es arquetípico el caso de los ciegos y sordos al momento o inmediatamente de nacer, que si quedaran privados de relación con otros seres humanos y no recibieran inmediata asistencia de una educación especial no alcanzarían a manejar el habla y pensamiento propios de la especie. Pero fuera de los medios especializados no es tan conocido que bebés, nacidos con estructura orgánica y funcionamiento normales, no llegan desarrollar pensamiento y lenguaje a niveles convencionales, si no ha tenido la posibilidad de cierto contacto especial con miembros de su especie. René Spitz (1983, p. 204-205), al describir y caracterizar la enfermedad que denominó “hospitalismo”, demostró que bebés de pocos meses de

vida internados durante períodos prolongados, a pesar de los cuidados prodigados por enfermeras y mucamas, por carecer de un contacto regular y “especial” con un adulto que llegara a ser significativo, primero mostraba ciertas formas de agitación, en una especie de búsqueda frenética de contacto y luego se retraía y aislaba, para finalmente caer en formas de debilidad mental irrecuperables.

En definitiva el humano es un ser esencialmente social. Enrique Pichon-Riviére sintetiza su concepción del sujeto en una frase que vale la pena reproducir completa: “El ser humano es un ser de necesidades, que sólo se satisfacen socialmente en relaciones que lo determinan. El sujeto no es sólo un sujeto relacionado, es un sujeto producido en una praxis. No hay nada en él que no se la resultante de la interacción entre individuo, grupos y clases”. (1982, p.206)

La necesidad consiste en una carencia, en algo que no tenemos, que nos hace falta y que sólo puede resolverse en la relación con otros. Dicha carencia en sí misma no es negativa, como podría inducir la acepción más común del término. Se expresa como un desequilibrio y genera alguna forma de displacer o tensión, pero en realidad es inherente a la vida misma ya que esa secuencia constante de desequilibración-equilibración es la base del intercambio con el mundo externo que denominamos proceso vital. Esto es válido desde los organismos unicelulares más elementales hasta el homo sapiens y en éste actúa como factor motivacional, como impulsor o movilizador hacia el establecimiento de esa interacción con los otros que es fundacional del psiquismo humano.

Las necesidades primarias como alimento, abrigo, sueño, sexualidad son resueltas generalmente por la madre o figura sustituta y es a partir de esa relación inicial que el sujeto va construyendo su psiquismo y como parte de ese proceso adquiriendo otras necesidades a las que llamamos secundarias por oposición a las iniciales que son fundamentalmente biológicas y heredadas por toda la especie.

Cabe señalar que necesidad es un concepto que Pichon Riviére lo opone a la noción de instinto o pulsión de Freud. La necesidad se asemeja al instinto en su común carácter endosomático, es decir que ambos términos intentan describir fenómenos que se darían en el interior de nuestra estructura orgánica. También tiene en común que ambos operan como una fuerza motriz, son la base de un proceso motivacional que nos impulsa a ponernos en relación con los que nos

rodean. Además, si se consideran las necesidades primarias de alimentación, abrigo, sueño, sexualidad, no hay duda que éstas son biológicas y heredadas.

Pero lo que descarta la teoría pichoniana es que exista algo así como “instintos originados en la organización somática que alcanzan [en el ello] una primera expresión psíquica”, (Freud, 1981b, p.3380) al margen de cualquier relación con el mundo externo, tal como Freud describe, por ejemplo, el narcisismo primario (1981c, p.2564). La necesidad es una carencia y se expresa como un desequilibrio que sólo puede resolverse en la interacción con otros.

Sin duda la necesidad es la condición interna del desarrollo de la vida psíquica, pero es la organización social la que opera como condición de posibilidad y desarrollo de la satisfacción de la necesidad o también como condición que bloquea y frustra esa necesidad.

Desde el ECRO (Esquema Conceptual Referencial y Operativo) pichoniano podemos decir que la violencia consiste en una conducta determinada por la sistemática frustración de las necesidades. Dicha conducta no necesariamente está dirigida a la fuente real de la privación de la satisfacción, pero la reiterada imposibilidad de resolver algunas de las necesidades significativas para el sujeto, promovería un monto progresivo de ansiedad, muchas veces acompañada por un estado de confusión, que lo empuja a reacciones violentas.

No hablamos entonces de una violencia innata, propia de una llamada “naturaleza humana”, como si los hombres tuviéramos una esencia a-histórica e inmutable. Hablamos de una violencia multideterminada por un orden histórico-social que genera frustraciones de distintos órdenes. De esta forma nos alejamos de una interpretación no sólo de la violencia sino de que todas las relaciones humanas se establecen sobre la base de fuerzas instintivas innatas. Creemos que de esta manera se cae en la justificación y en la creencia de inmodificabilidad de las relaciones sociales, a las que nosotros consideramos como históricas. Es decir, necesarias en determinado momento y caducas y susceptibles de modificar en otro período diferente.

BIBLIOGRAFÍA:

Freud, Sigmund (1981a): *Obras completas*, Tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, p.3207/3215: "El porque de la guerra" Carta de Freud a Einstein fechada en Viena, septiembre de 1932

Freud, Sigmund (1981b): *Obras completas*, Tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, p.3379/3418: *Compendio de Psicoanálisis* Año 1938.

Freud, Sigmund (1981c): *Obras completas*, Tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, p.2563/2610: *Psicología de las masas y análisis del "yo"*. Año 1921.

Hobbes, Thomas (1996): *Leviatán*, México, Fondo de Cultura Económica.

Leakey, Richard (1985): *La formación de la humanidad*, Barcelona, Ediciones del Serbal.

Pichon-Riviére, Enrique (1982): *El proceso grupal. Del Psicoanálisis a la psicología social (1)*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Spitz, René (1983): *El primer año de vida del niño*, México, Fondo de Cultura Económica.